

Ilustrado por SARA OGILVIE

ALEX FOULKES



LOS MANDAMIENTOS

VAMPÍRICOS

«Maliciosa y divertida a la vez»,
CRESSIDA COWELL





ALEX FOULKES

LOS MANDAMIENTOS

VAMPÍRICOS

Ilustrado por
SARA OGILVIE

ANAYA



Título original: *Rules for Vampires*
Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Simon & Schuster UK Ltd

1.ª edición: septiembre de 2022

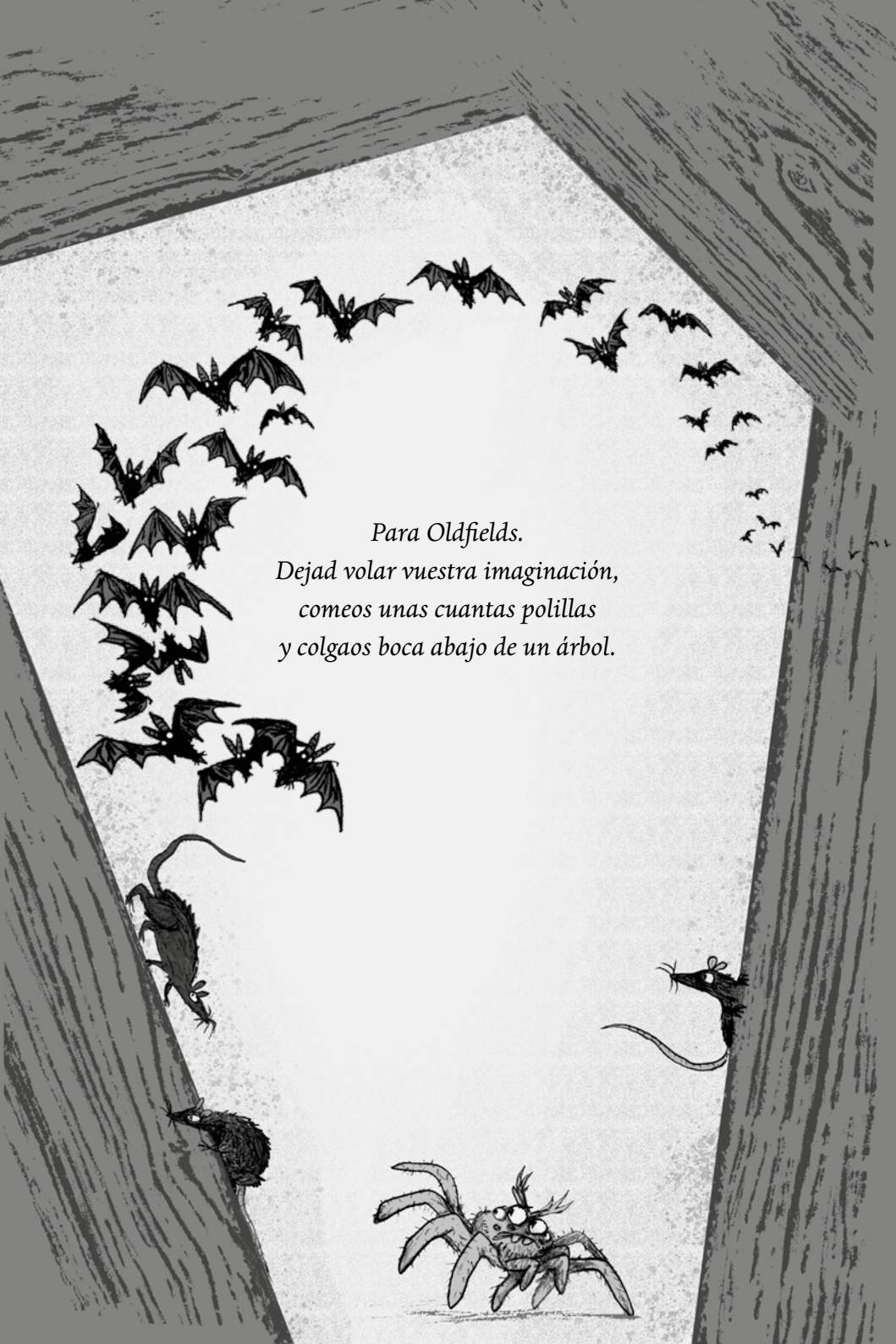
© Del texto: Alex Foulkes, 2021
© De las ilustraciones: Sara Ogilvie, 2021
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2022
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-698-9130-8
Depósito legal: M-16343-2022

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



*Para Oldfields.
Dejad volar vuestra imaginación,
comeos unas cuantas polillas
y colgaos boca abajo de un árbol.*





Humano, acércate
y presta atención:

Es posible que esta historia
te pueda asustar,
porque mientras estás a salvo
en tu habitación,
hay criaturas que acechan
en la oscuridad...





VON MOTTEBERG





UNO

CIENTO ONCE

Existen dos formas de matar a un vampiro. Estos métodos prometen la muerte segura de la bestia chupasangres, según el *Manual del asesinato para el cazador novicio*. Es un libro misterioso y poco conocido, que a pesar de todo se encuentra en bibliotecas de todo el mundo, siempre que sepas a quién preguntar. Acércate al bibliotecario más apolillado y realiza la señal secreta (cierra un ojo, date unos golpecitos en la punta de la nariz y ulula dos veces como si fueras un búho). El bibliotecario te guiará hasta el fondo de la sala, puede que a través de una sospechosa estantería giratoria.

Allí encontrarás el *Manual*, en una de sus muchas ediciones y traducciones. Este libro contiene todo lo que un cazador novato necesita saber sobre los moradores de la noche y acerca de cómo matarlos. Incluye consejos para todo tipo de monstruos, desde *banshees* a zombis, desde trasgos a hombres lobo, desde feéricos hasta sirenas

carnívoras. En lo que se refiere a la caza de vampiros, propone lo siguiente:

1. *La luz solar. Por desgracia, en las ediciones más recientes del Manual, los detalles concretos acerca de lo que le sucede a un vampiro al exponerse al sol se omitieron por considerarse demasiado horribles. En las versiones más antiguas, las páginas han sido arrancadas para no causar pesadillas a los jóvenes cazadores.*
2. *Una estaca. Sí, sí, una estaca. ES-TA-CA. No ES-TU-CO.*

El estuco es una masa elaborada con yeso que se utiliza para adornar los techos y las paredes de las casas de la gente mayor. En un ejemplo de mal gusto, es habitual pintarlo de dorado. ¡Ugh!

Una estaca es un terrorífico trozo afilado de madera que suele llevarse colgado del cinturón y empuñarse como una daga. Es una herramienta fundamental para cualquier cazador en ciernes que no desee convertirse en la merienda de nadie. Basta con clavarla en el corazón del vampiro antes de que pueda alcanzarte con una dentellada. Lo de hacerla girar después es opcional.

El primer *Manual* se escribió en una época olvidada de la historia, antes incluso de que tu profesor más viejo hubiera nacido. Sin embargo, muchos años antes de que existiera este libro, antes de que quedase plasmado en tinta sobre papel, había una joven que ya se sabía al dedillo esos métodos para matar vampiros.

Al fin y al cabo, su supervivencia dependía de ello.



Lenta como el avance del musgo, sigilosa como un gato al acecho, la muchacha se aproximó a la puerta. Estaba enclavada en un arco de piedra y su picaporte de latón reflejaba la luz de la vela que portaba en la mano, proyectando unas sombras que se escabullían por el pasadizo que se extendía por detrás de ella. Por un momento, la muchacha deseó seguir su ejemplo y huir para ponerse a salvo...

No parpadeó. Contuvo el aliento. Se estremeció, lo cual le provocó un castañeteo en los dientes y que se le encogieran los dedos de sus pies descalzos. Pero había llegado demasiado lejos como para perder los nervios ahora.

Aquella era la clase de puerta destinada a abrirse con un crujido ominoso. Efectivamente, sus tozudos goznes emitieron un breve chirrido cuando la chica la abrió. Titubeó un instante, con el oído aguzado.

Al otro lado, todo estaba en calma.

La muchacha, que se esforzó por serenar los latidos frenéticos de su corazón, se adentró en ese espacio oscuro.

Aquella estancia circular supuso un cambio agradable con respecto a los sinuosos y claustrofóbicos pasadizos que se extendían por debajo del castillo. Varias telarañas se mecían a lo largo del techo abovedado. La muchacha sostuvo la vela en alto, mientras observaba los retratos antiguos

que colgaban de las paredes en marcos dorados. Todos los rostros estaban cubiertos de polvo. Los muebles, tapados con sábanas blancas, los habían empujado hacia los muros de la estancia.

El ataúd ocupaba mucho espacio.

Era inmenso, tallado a partir de un trozo de roca en el que titilaban unas geodas semiocultas. Por el centro se extendía una gruesa veta de ámbar, donde se atisbaban los cuerpos peludos de las polillas fosilizadas que estaban atrapadas en su interior. Unas aparatosas cadenas de hierro, que se extendían entrecruzadas en todas direcciones, fijaban el ataúd al techo y al suelo. La pesada tapa tenía talladas unas runas antiguas y ocultaba el horror que yacía por debajo.

Agarrotada, la muchacha se agachó para dejar el candelero en el suelo. No podía apartar la mirada del ataúd: el lugar de reposo de una criatura tan infame y malvada, poseedora de una crueldad indescriptible, que ni siquiera los guerreros más feroces se atrevían a enfrentarse a ella en el campo de batalla.

La muchacha notó que el suelo estaba humedecido mientras avanzaba con cuidado entre la maraña de cadenas. Apoyó las manos con suavidad y respeto sobre la caja de piedra. Le pareció que tenía una extraña hermosura, que el fulgor que desprendía bajo la luz de la vela poseía un atractivo misterioso. Quizá fuera una argucia, una trampa diabólica. Pero la joven no se amilanó.

El ataúd le llegaba a la altura del pecho, tuvo que inclinarse hacia delante y aplicar toda la fuerza de su cuerpo para conseguir mover la aparatoso tapa apenas un par

de centímetros. Sus brazos delgados se tensaron bajo su capa...

Se oyó un chirrido cuando la piedra se deslizó hacia un lado, revelando al monstruo dormido que había en su interior. Asomó un rostro chupado, rodeado por una almohada de terciopelo, y unos ojos saltones cubiertos por unos párpados demasiado finos como para ocultar sus oscuras pupilas. Los pómulos y la mandíbula eran prominentes, al igual que los tendones de su cuello alargado, que desembocaba en un camisón de seda. El cuerpo que se encontraba debajo estaba escuálido, apenas un puñado de piel extendida sobre unos frágiles huesos.

Era una vampira: con más de un milenio de antigüedad y poseedora de un poder primigenio.

La muchacha sintió el impulso de apartar la mirada y salir corriendo. Su cuerpo quedó presa de un temor instintivo, aunque ella sabía lo que tenía que hacer. Alargó una mano hacia el bolsillo de su capa, y cerró el puño con fuerza alrededor del objeto que estaba escondido allí.

El arma predilecta para un cazador de vampiros era la estaca. El crucifijo, el ajo y la plata estaban bien —resultaban útiles para debilitar a un adversario vampírico—, pero esa punta de madera tallada y afilada era esencial.

Sin embargo, lo que empuñaba aquella joven no era una estaca. En su mano había una campanita.

El tintineo de la campana rompió el silencio de la estancia. La chica se quedó inmóvil. Una descarga eléctrica le recorrió el espinazo, notó un cosquilleo en las puntas de las orejas y en los dedos de los pies.



Dentro del ataúd, la vampira abrió sus ojos saltones. Un bufido escapó de su garganta hundida. Miró fijamente a la intrusa con el ceño fruncido. Y profirió un gemido soñoliento.

—Ah. Eres tú.

La joven se apresuró a guardarse la campana y retrocedió un paso, tropezando con una gruesa cadena. La vampira comenzó a elevarse, levitando, con los brazos cruzados sobre unas clavículas protuberantes. Su rostro macilento lucía un gesto ceñudo de fastidio.

Ante la mirada de asombro de la muchacha, aquel cuerpo tan frágil comenzó a rellenarse. Se tornó esbelto allí donde antes era escuálido, anguloso en los puntos donde estaba hundido. Una cascada de cabello plateado brotó del cráneo pelado y se desplegó sobre sus hombros. Sus ojos inertes centellearon como hielo negro, duros como el silicio, dueños de una mirada astuta.

Sieglinde von Motteberg —la temible y majestuosa Sieglinde— descendió para planear plácidamente sobre su ataúd.

—Dime, Leo —inquirió. Su voz susurrante emergió de su cuerpo como una marea que arrastra a su desafortunada víctima hacia el mar—. ¿Por qué osas despertarme a estas horas?

La muchacha (que se llamaba Leo) se amilanó. Comprendió demasiado tarde que se había quedado mirando fijamente a la vampira; optó por mirar al techo, como si alcanzase a ver la superficie a través del complejo laberinto de túneles y estancias. Aunque no llegaba un solo rayo de luz hasta ellas, sabía que el sol estaba en el cielo.

—Yo... —A Leo se le quebró la voz. Carraspeó y lo intentó de nuevo—: Solo quería asegurarme de que no te olvidarás de lo de mañana. Eso es todo.

—¿Lo de mañana?

—Es... mi... mi... Cumpliré ciento once años. Mañana.

Sieglinde titubeó con gesto ausente mientras se inspeccionaba las uñas, afiladas como cuchillos.

—Ah. La noche de tu cumpleaños.

—Así es —confirmó Leo, esperanzada. Un breve escalofrío de inquietud le recorrió el espinazo cuando la vampira la miró desde lo alto.

—En ese caso, emprenderás la caza.

No era una pregunta. Sieglinde lo dijo con total certeza, como al afirmar que el cielo es negro por la noche o que el invierno sucede al otoño.

—Sí —dijo Leo con voz ronca—. Me iré a Otto's End. ¿Estarás...? ¿Estarás aquí cuando regrese? Papá comentó que tenías pensado marcharte.

Sieglinde se quitó una pelusa de la punta de una uña.

—Partiré en cuanto anochezca —respondió—. El Consejo ha solicitado mi presencia. Lord Ayman ha sufrido un trágico accidente: lo emboscaron unos lobos que lo hicieron pedazos durante su último viaje diplomático. Una tragedia. Necesitamos un nuevo líder..., mientras seguimos buscando la cabeza del anterior. —Esbozó una sonrisita de satisfacción—. Seguramente me ausentaré durante una temporada; me imagino que habrá mucha burocracia. Corre el rumor de que el liderazgo recaerá sobre mí. Una elección acertada.

Leo no pudo disentir. No había nadie más fuerte, astuto ni despiadado que Sieglinde.

A pesar de sus simpatías hacia lord Ayman —o hacia lo que quedara de él—, Leo no pudo evitar sentir también lástima de sí misma. ¿De verdad Sieglinde iba a perderse su noche especial?

—La cacería del cuarto creciente es un rito de paso importante para cualquier joven vampiro que accede a la edad adulta —prosiguió Sieglinde—. Informaré al Consejo de tu éxito, tal y como hizo tu hermana mayor antes que tú.

Cómo no: Sieglinde nunca olvidaba mencionar los logros de Emmeline. A Leo le resultaba duro ser la hija pequeña. Se preguntó si Sieglinde hablaría de ella con tanto orgullo alguna noche, en el futuro.

Había, no obstante, un problema.

—Pero es que aún no he... —comenzó a replicar Leo.

—Lo lograrás —interrumpió Sieglinde. Se le empezó a hinchar una vena de la frente. Clavó sus ojos negros sobre los de Leo, inmovilizándola con esa mirada—. Una cacería fallida sería una deshonra. Todas las familias nobles están expectantes. Generaciones de vampiros aristócratas que completaron sin excepción su cacería al primer intento.

Su voz evocó la imagen de jóvenes vampiros que se ponían en marcha para matar por primera vez, que crecían hasta volverse poderosos —y ricos e influyentes— por derecho propio.

Leo giró la cabeza para otro lado y se fijó en la llama danzarina de la vela. Notó una presión en el pecho.

—Querrás que me sienta orgullosa, ¿verdad? —exclamó Sieglinde, cerniéndose sobre ella. Sus fosas nasales se dilataron. Se produjo una descarga de electricidad estática que a Leo le puso los pelos de punta, trayendo consigo el recuerdo del aleteo frenético de un centenar de alas. Aquello era una advertencia.

—¡Por supuesto! —se apresuró a decir—. ¡Lo lograré!

—Bien. El futuro de nuestro apellido depende de todos nosotros. Mi posición se verá afectada si no logras cumplir la cacería del cuarto creciente. —Sieglinde hinchó el pecho, donde se le marcaron las costillas. Sus ojos giraron en sus cuencas, mientras visualizaba el fracaso de Leo y la consecuente deshonra—. ¡Ninguna hija mía arruinará la cacería! Todos los Von Motteberg la superan, ¡sin segundas oportunidades! Puede considerarse una tradición.

Leo notó un escozor en los ojos. La electricidad estática se había disipado, así como el sonido espectral de aquellas alas. Lo que dejó a su paso fue una sensación desagradable en la boca del estómago.

—Sí, mamá —dijo.

Tras recobrar la compostura, Sieglinde se acomodó en el ataúd. Replegó los colmillos hacia el interior de sus labios, suavizó su expresión y apoyó la cabeza sobre el forro de terciopelo.

—En ese caso, hemos terminado.

Tras ondear una mano huesuda, la vela se apagó y de ella emergió un fino hilillo de humo.

—No me decepciones, Leo —la advirtió Sieglinde, mientras volvía a quedar cubierta por la tapa incrustada de cristales—. Estás a punto de cumplir ciento once años. La cacería es tu derecho divino... y tu deber.

Envuelta en la oscuridad, la muchacha llamada Leo no se atrevió ni a moverse. La voz de Sieglinde resonó desde el interior del ataúd, reverberó en todas partes y en ninguna al mismo tiempo:

—Te veré a mi regreso...



DOS

A TRAVÉS DEL SOTOPAVOR

Tras abrir las pesadas cortinas y subir la persiana, Leo se asomó a contemplar la noche de su ciento once cumpleaños.

A simple vista, el incauto mundo que se extendía más allá de su habitación parecía tranquilo. Las luces lejanas del pueblo estaban apagadas en su mayoría, y las copas de los pinos que conformaban el bosque se mecían suavemente con el viento. Desde su ubicación en lo alto de monte Polilla, el cielo oscuro parecía infinito, y la pálida silueta de la luna simulaba haber sido recortada de un pergamino.

Sobre su blanca cara, un enjambre de criaturas aladas emprendió el vuelo desde el castillo en dirección oeste. A su paso dejaron una lluvia de polvo que parecía fina nieve que luego se llevaba el viento.

Antes de que pudiera reprimirla, Leo experimentó una punzada amarga de decepción. Era lógico que lady Sieglinde no estuviera presente para despedirla en su cacería. Su tiempo era muy valioso. Leo la vería a su regreso —en función de

lo que durase ese asunto con el Consejo Vampírico—, y las dos tendrían buenas noticias que contarse.

«Buena suerte con el Consejo, mamá —pensó Leo, mientras contemplaba la oscura noche—. No te decepcionaré».

Su capa revoloteó tras ella mientras se encaramaba al alféizar. Se inclinó más y más hacia delante, hasta que el bosque se ladeó peligrosamente y el viento le alborotó el pelo.

«En fin, ¡allá voy!».

Leo se lanzó al vacío.

Se le encogió el estómago por la impresión de la caída. Comenzó a mover los pies a toda velocidad, corriendo por el aire, hasta que conectaron con el muro de piedra. Leo aceleró en dirección al suelo, el aire frío se volvió ensordecedor mientras corría torre abajo.

El Sotopavor —el inmenso bosque que se extendía entre el castillo donde vivía Leo, en lo alto de monte Polilla, y el pueblo dormido de Otto's End— era oscuro, frondoso, y estaba envuelto en un halo de misterio.

Leo corrió entre los árboles con la fluidez propia de un riachuelo. Se abrió paso entre las hojas, salto de rama en rama, y se agachó para esquivar las enredaderas que colgaban desde lo alto con intención de atraparla. Corrió, se deslizó y reptó sobre su barriga. Leo había pasado mucho tiempo en el Sotopavor (muchísimo), así que conocía hasta el último rincón húmedo y sombrío de aquel lugar.

Por ejemplo, Leo sabía qué flores y bayas debía machacar para preparar un unguento curativo. Sabía qué tipos de

hongos eran letales al ingerirlos. También conocía un tipo concreto de savia capaz de hacer que su víctima danzara sin control hasta desplomarse de cansancio; y, aun así, sus piernas seguirían ejecutando una danza frenética.

Saltó sobre un árbol caído, corrió junto a una liebre sobresaltada y se mantuvo a su ritmo, hasta que el animalillo se desvió hacia unos arbustos y desapareció.

Leo podía identificar todas las especies de animales e insectos del bosque por su nombre, incluidas las larvas carnívoras que viajaban a lomos de las hormigas y se alimentaban de gusanos en el sotobosque. Conocía los mejores sitios para construir una guarida, o una base, o incluso una fortaleza a prueba de invasiones. Ya fueran clandestinas o subterráneas, ocultas en un árbol caído o en la vieja madriguera de un tejón, las guaridas secretas de Leo no tenían comparación.

Sin embargo, no había ido hasta allí por ninguno de esos motivos.

Aquel era su cumpleaños más especial. El número ciento once. Y Leo se había embarcado en una cacería mortal.

El bosque estaba despierto y descontento. Presentía lo que iba a hacer Leo. Al bosque le daba igual la cacería del cuarto creciente. Le daban igual las costumbres vampíricas. Le importaban un bledo lady Sieglinde, el Consejo Vampírico y lo que su madre pudiera hacer si Leo fracasaba...

Cobrase una vida iba en contra del orden natural del mundo de los vivos.





Leo se arañó el brazo con unas espinas mientras pasaba a través de un arbusto enmarañado que no estaba allí la noche anterior. Unas finas ramas le azotaron el rostro. Puso una mueca cuando sus pies descalzos se hundieron en un charco de lodo.

—¡Puaj! —exclamó antes de reiniciar su vertiginosa marcha.

Finalmente, con el pelo cubierto de ramitas y la boca llena de musgo, Leo logró salir del bosque. Asentado al fondo del valle, la esperaba el pueblo. Todas las ventanas de aquellas casitas bajas de piedra estaban cerradas. En lo alto, los tejados en punta y las chimeneas aparecían bañados por la luz plateada de la luna.

Leo se quitó unos restos de musgo de la lengua. Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta. El nudo se deslizó hacia su estómago, donde se tensó con más fuerza. Leo sabía que, en caso de dar media vuelta, los picos escarpados de monte Polilla —y el castillo— la estarían observando. Por detrás de ella, los pinos del Sotopavor profirieron un susurro ominoso, pero Leo sabía lo que tenía que hacer; había entrenado y esperado demasiado tiempo a que llegara esa noche como para acobardarse ahora.

Corrió colina abajo, pegada al suelo, la hierba seca pasaba silbando junto a sus oídos. Parecía una araña mientras descendía agazapada por el sendero sinuoso que conducía al pueblo, en dirección a su desafortunada, incauta y próximamente desdichada víctima. Algún habitante de Otto's End encontraría su fin esa noche.

Todo estaba tranquilo y en silencio. Todas las puertas, cerradas y atrancadas. Leo no hizo ningún ruido mientras pasaba junto a un establo en el que dormitaban dos caballos. El patio de la carnicería estaba vacío. El mercado, en silencio. Parecía que no había nadie despierto: un golpe de buena suerte.

Leo sabía que había una gran diferencia entre una muerte corriente y una muerte sospechosa. Una muerte corriente —por accidente, enfermedad o vejez— no suponía ningún riesgo. Pero una muerte sospechosa... suscitaba preguntas. La gente metía las narices donde no la llamaban. Problemas, con pe mayúscula.

Los vivos, y los humanos en particular, tenían la desagradable costumbre de adoptar una formación ofensiva conocida como *turba enfurecida*. Su madre se agarraría un mosqueo tremendo si se presentasen ante la puerta del castillo, y entonces no quedaría un solo humano en pie. Todos se convertirían en su cena en menos de lo que se tarda en decir «Espera, ¿qué haces? ¡Aaaaaaaggggh!».

En lo referido a elegir a quién comerse, Leo tendría que ser muy cuidadosa. Todo su adiestramiento, su estudio de las tácticas y su enorme esfuerzo dependían por completo de ese primer mordisco. Todo tenía que salir según lo planeado.

Aunque, en ese momento, Leo no tenía forma de saber que nada podría haberla preparado para lo que estaba por venir.

«¡Tan oscura como deliciosa!»,
LAURA ELLEN ANDERSON, AUTORA DE AMELIA FANG

LOS MANDAMIENTOS

~~VAMPIROS~~
de LEO VON MOTTEBERG

SÉ TAN **TEMIBLE** Y **DESPIADADA**
COMO TE SEA POSIBLE.



NO INCUMPLAS EL MANDAMIENTO
ANTERIOR EN LA NOCHE DE
TU PRIMERA CACERÍA.



ESFUÉZATE MUCHO POR NO INVOCAR
A UN FANTASMA TERRORÍFICO.



CONFÍA EN TUS AMIGOS
PARA SACARTE DE UN APURO
(YA SEAN FANTASMAS, ARAÑAS
O ARMADURAS ANDANTES).

*Alisa tu capa
y afila tus colmillos.
¡Ser un vampiro es más
difícil de lo que parece!*

I S B N 978-84-698-9130-8

1578723



9 788469 891308

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com